

REFLEXIONES TEOLÓGICAS EN TORNO A JESUCRISTO.

PRIMERA PARTE: LA PERSONALIDAD DE JESUCRISTO.

Parece que la cuestión histórica de Jesús interesa menos a las generaciones jóvenes. Las generaciones más antiguas consagraron al problema demasiado tiempo. Pero no se puede pasar en silencio: Jesús es un personaje de la Historia. Si ahora es de siempre y de todas partes, primeramente fue de un lugar y de un tiempo.

I. Un primer acercamiento ¿Quién era este Jesús de Nazaret?

Antes la respuesta parecía simple: "Abrid los Evangelios y conoceréis a Jesús." Quiero pensar que este consejo tiene todavía su valor de cara a un primer descubrimiento (aproximativo) de la personalidad de Jesús. Por ejemplo, buscar en un Evangelio aquellas palabras que describen a Jesús. Con el Evangelio según San Mateo, se llega a un retrato de este tipo: un hombre que se desplaza que llega hasta la gente y se deja abordar por todo el mundo, un hombre que habla y que predica, un hombre que manda, que amenaza, reprende, un hombre que se emociona, que admira, se indigna, un hombre que llama, interroga y envía. En resumen, un hombre de la palabra, un ser sensible y que se impone por su personalidad, un hombre público que no teme a la muchedumbre. Todo lo contrario de un eremita, de un tímido o de un soñador.

II. Una observación importante

Pero no podemos quedarnos aquí porque el gran descubrimiento de las ciencias religiosas modernas es que los Evangelios no nos hablan de Jesús de Nazaret. No son una biografía de Jesús sino una profesión de fe en el Señor Jesucristo Resucitado y presente en la Iglesia. Como dice San Pablo "Cristo según la carne no me interesa". Cuando se abren los Evangelios, encontramos ante todo la experiencia espiritual de la comunidad. La atención al Jesús histórico, apareció relativamente tarde, probablemente contra los herejes del final del siglo primero (los gnósticos): estos pretendían que el Verbo de Dios no se había encarnado verdaderamente. Y resulta una paradoja constatar que el Evangelio según San Juan que parece el Evangelio menos histórico es, en realidad, el que, quizá, da los detalles biográficos más seguros.

En todo caso, antiguamente se tenía la impresión de que el Evangelio era un espejo fiel de la vida, de las palabras y de los hechos de Jesús de Nazaret. No, es un espejo deformante: los evangelistas nos hablan de Jesús a través de una fe vivida durante años y años.

Evidentemente, semejante afirmación exigiría un largo estudio que no tiene cabida en estas páginas. Remito a las obras citadas al final de este capítulo, que exponen con amplitud las razones de esta evolución capital en la lectura de los Evangelios. Damos solamente un ejemplo para mostrar este cambio de óptica: el relato de la tempestad apaciguada no nos dice lo que pasó en el lago de Galilea, nos dice lo que pasa en la Iglesia (la barca de Pedro) cuando la persecución (la tempestad) sacude la Iglesia y cuando el Señor Jesús parece dormir. En realidad, Él está ahí, y nuestra fe debería ser lo suficientemente fuerte para creerle ("Hombres de poca fe..." ~, porque no está muerto, no, está de vuelta, resucitado y habla al mal (representado por el mar) y las fauces del abismo no podrán devorar a la Iglesia conducida por su Señor.

¿Debemos concluir de esto que es una historia completamente inventada y que Cristo no subió sobre una barca que...? La mayor parte de los especialistas de la Biblia no concluyen absolutamente tal cosa: sucedió ciertamente algo, pero el fin de San Mateo (por ejemplo) no era contarnos esa cosa. Se servía de un episodio y lo presentaba para iluminar la experiencia espiritual de la comunidad, para reforzar su fe en medio de las dificultades. De golpe, además, no dudaba en cambiar los detalles, en modificar las palabras e imponer una presentación que hiciera clara su intención de predicador y no de historiador. Conclusión: No es imposible llegar hasta Jesús de Nazaret, al hombre histórico de Palestina. Pero es un intento arriesgado, quizá ilusorio y con frecuencia temerario que supone al menos hacerse guiar por personas competentes.

Algunos dicen: "Es una empresa inútil querer encontrar al Jesús histórico que vivió 'bajo Poncio Pilato'. Lo único que cuenta para la fe es la unión con Jesús resucitado." No estoy de acuerdo. Me inclino a pensar que la mayor parte de los católicos contemporáneos no creen verdaderamente en la humanidad de Cristo. Ahora bien, esto es decisivo para la fe y los Padres del siglo IV lo han comprendido así (San León en particular). Si Cristo no es verdaderamente hombre ¿en qué se ha transformado nuestro destino? Si ha volado por encima de la plebe a la manera de un supermán, hemos de reconocer que es un bello espectáculo pero no una salvación real. Tenemos que detenernos en la humanidad de Jesús, encontrarnos frente a este campesino de manas callosas, frente a este advenedizo muy caracterizado, este joven que se lanza, que fracasa y a quien se liquida según métodos muy experimentados y siempre válidos (una plebe aterrorizada, un poder cómplice y unos esbirros decididos)

III. Un estudio «histórico»

Tratemos, pues, de 'encontrar' a Jesús con la ayuda de historiadores serios, situándole dentro de la mentalidad de su tiempo para de esta manera captar mejor su originalidad. ¿Cual era el entorno de Jesús? Por el lugar que ocupan los milagros y los exorcismos que encontramos en los Evangelios, se desprende que Jesús vivía en un mundo muy

religioso. Dios y el diablo eran vecinos, lo natural se bañaba en lo sobrenatural, pero esta distinción incluso llega hasta nosotros. Para los contemporáneos de Jesús, las fronteras eran porosas: todo era signo del más allá, del más allá del cielo o del más allá del infierno (por ejemplo, la creencia de que las enfermedades nerviosas o los desequilibrios mentales eran forzosamente casos de posesión").

A través de todas las diatribas de Jesús contra los fariseos se capta un segundo rasgo del entorno de Jesús: un mundo muy moralista, con una moral legalista puritana. La vida del hombre queda inserta en un abanico de leyes y esto para su bien: hay que estar encorsetado para comportarse bien, es necesario un buen sistema de señalización para no perderse. El hombre debe progresar, debe caminar hacia su perfección. Esta atmósfera muy voluntarista ("la alegría en la disciplina") se encuentra en el mundo contemporáneo (por ejemplo, en el librito rojo del Presidente Mao). Este ideal de perfección a fuerza de puños lanzaba y lanza siempre con bastante facilidad o hacia el elitismo (la casta de los puros para aquellos que son capaces de ello) o hacia la hipocresía (para los que se contentan con las apariencias).

Tercer rasgo del entorno de Jesús: la efervescencia política. El pueblo judío no es más que un pobre peón en el inmenso tablero del imperio romano. Pueblo ridiculizado por otra parte y seriamente agitado. La desproporción entre la realidad romana y la utopía judía es pasmosa. El imperio romano está en la cumbre de su poder, no cuenta más que con su fuerza, su poder de organización y su inteligencia. La religión romana es un triunfo de civilización entre otros. ¿Quién podía adivinar seriamente la desaparición o incluso el debilitamiento de este coloso? Y, sin embargo, en el pequeño pueblo judío hierve una esperanza demencial: sí, todo puede cambiarse, los engañados pueden convertirse en reyes, el mundo puede cambiar de capital y Roma puede ceder el paso a Jerusalén. El Mesías está para llegar, todo cambiará.

Una lectura atenta de los Evangelios muestra que Jesús tomó sus distancias frente a estas tres corrientes. Y lo que es más sorprendente todavía en la personalidad de Jesús es verle al mismo tiempo perfectamente enraizado en ese mundo judío y perfectamente libre frente a esta religión, a esta moral y a esta política.

Jesús da testimonio de que los poderes infernales no deben impedir que el hombre viva. El mal que paraliza al hombre le hace mudo y frenético. Jesús le rechaza o le impone su ley. (Este testimonio no es indiferente al mundo moderno que, de buena o mala gana, se encuentra obligado a contar con estos poderes infernales, incluso secularizados, entre sus habitantes.)

Se enfrenta también Jesús de rechazo con el gusto por lo sobrenatural, esta invasión de lo divino en el espíritu de sus contemporáneos. Para decirlo con mucha precisión, no se satisfecerá con su ansia de milagros y esa reserva le costará su popularidad. Ante la plebe que reclama un mago, Jesús quiere ser el hombre de las manos desnudas. Es la fe sola la que cuenta; la confianza infantil en Dios y el gusto por lo sobrenatural, el fervor religioso deben estar sometidos a la fe.

El mayor escándalo causado por Jesús será su libertad hacia la ley, hacia la moral codificada. Lo que debe ser el resorte de la vida humana, no es la virtud sino el amor. El amor, venido de Dios y transmitido a los demás, he aquí el único dinamismo digno del hombre. "¿Cuál es el mayor mandamiento? Déjate amar de Dios y estate atento a tus hermanos." Finalmente, Jesús afirmará su libertad frente a la aspiración política, y de modo particular frente a la impaciencia política. De la misma manera que Jesús no desprecia nunca ni la religión ni la moral, tampoco desprecia la acción política. Niega que la política sea un absoluto. Ha de estar al servicio de una esperanza más profunda: la liberación de todo el hombre y de todos los hombres.

Uno se queda maravillado ante la actualidad de la acción histórica de Jesús. Fue el gran contestatario tanto de la religión y de la política como de la moral. Respetaba profundamente estos tres registros fundamentales de la actividad humana pero se negaba a admitir que la religión, la moral y la política fueran absolutos. La religión debe estar dirigida hacia la fe, la moral hacia el amor y la política hacia la esperanza. Los únicos absolutos dignos del hombre son la fe, la esperanza y el amor.

Si continuamos situando a Jesús encontramos que en los Evangelios el paralelismo Juan Bautista-Jesús es también muy revelador (cf. Lc 7, 18-35; o Mt 11, 2-19). Juan anunciaba un Mesías justiciero y un Dios bastante vengador y se encuentra completamente desconcertado ante la no violencia de Jesús. En efecto, el Dios-Padre revelado por Jesús, es un Dios paciente, sanador y no justiciero, un Dios desconcertante ("Dichoso el que no se escandalice en este Dios...").

Es el Dios tan familiar que Jesús le llama "Abba" "mi querido padre". Jesús habla de El con una total naturalidad. Frente a Dios, no siente ningún temor, ningún miedo, ninguna reserva. Jesús se deja atravesar de parte a parte por la mirada de Dios y él mantiene apaciblemente esta mirada del Amor Absoluto que todos los demás místicos han descrito como un Amor terrible. No terrorífico sino majestuoso, tan poderoso que no se le puede recibir más que de rodillas. Jesús es "el Hijo", por eso se mantiene de pie.

Históricamente es cierto que Jesús de Nazaret es un hombre totalmente aparte. No es un aerolito ni mucho menos. Es judío ciento por ciento, hasta el punto de que no atraviesa las fronteras de su país ni siquiera lo más mínimo. No se encuentra cómodo más que en su casa. Pero sobre este fondo de cultura judía que lo penetra hasta la medula, destaca con toda precisión y fascina por su originalidad.

Sus exigencias hacia sus compatriotas y particularmente hacia sus discípulos son, también, singulares, en el sentido riguroso del término. Llama a sus interlocutores a una decisión radical: optar por o contra el Reino de Dios. Pero concretamente, esta decisión ha de tomarse frente a su persona: hay que optar por o contra Jesús. Jesús llama a sus discípulos a aceptarle a El, incondicionalmente. Muchos judíos le rechazaron porque no responde a la idea que se hacían del Mesías. Y el mérito de los apóstoles, a la cabeza de Pedro, será aceptar a Jesús en bloque, de seguirle sin condiciones, a él, a la vez tan fascinante y tan desconcertante. En efecto (y esto está subrayado sobre

todo por Marcos) Jesús rechazará todas las ideas que se habían formado de El ("Yo no soy el que esperáis...") y exige hacia su persona la fe que los judíos entregaban a solo Dios. En resumen, a través de esta encuesta histórica, descubrimos en Jesús de Nazaret a una personalidad eminentemente contestataria de todas las seguridades, a alguien que hace brillar en lo alto todas las esperanzas humanas. Descubrimos una libertad total que llama a una decisión total.

IV. Un ensayo de comprensión de Jesús

Me gustaría ir más lejos en la comprensión de Jesús. Este camino es bastante más difícil que el anterior. Se trataría de saber cómo ha vivido Jesús su destino en su conciencia de hombre. Es un ensayo muy atrevido

1. porque los Evangelios dan un lugar muy reducido a la psicología. Esta no les interesaba en absoluto;
2. porque la hipótesis avanzada aquí parece contraria a la hipótesis del pensamiento católico tradicional.

Hay, pues, que tomar estas líneas por lo que son: un pensamiento personal que tiene muy poca autoridad. No obstante, gentes competentes (J. Guillet, H. Urs von Balthasar...) han ensayado el mismo esfuerzo.

Es una necesidad de cristiano moderno. El hombre moderno tiene el sentimiento de estar "embarcado" en la existencia. La mayor parte de las coordenadas de su vida le son impuestas: es lo que llama el destino. Pero no renuncia a su libertad. La grandeza de su libertad consiste precisamente en desplegarse en medio de estas necesidades, para hacer retrasar un poco los límites de lo posible y sobre todo para dar un sentido positivo o negativo al conjunto de su vida y del curso del mundo. No es dueño del viento pero es, en parte, dueño de la vela. Se puede avanzar contra el viento.

Inevitablemente el cristiano moderno hace la pregunta a Jesús: "Tú, que te dices hombre perfecto, ¿cómo te has enfrentado a tu destino?" Si Cristo escapa completamente a esta pregunta; si a su vez, la pregunta no se formula porque la palabra "destino" le sería completamente extraña, entonces, nos es difícil decir a Cristo: "Tú eres nuestro hermano, Tú eres de nuestra raza." Nuestra condición fundamental de hombre es conocer los obstáculos pero no el resultado, de creer sin saber, de esperar arriesgando. Queremos admitir de grado que Cristo tuvo triunfos que nosotros no poseemos. Que era un genio de la fe, un hombre para quien el amor era tan accesible como la música para Bach y Mozart. Pero nosotros, cristianos modernos, nos resistimos a creer que Jesús fuera verdadero hombre si lo supiera todo, si caminara en la vida con la perfecta seguridad de guía de turistas al abrigo de toda sorpresa. Jesús ciertamente iba muy por delante de nosotros por el camino de la tierra, pero tenía los pies en el camino, y lo mismo a El que a nosotros el horizonte le ocultaba el futuro, al menos este es mi modo de ver.

Historiadores serios (Jeremías entre otros) dicen: "Jesús creía en el próximo advenimiento del Reino de Dios." Y cuando Jesús proclama: "El Reino de Dios está aquí, a la puerta", hay que entenderlo de esta manera: "El poder del Amor se va a desencadenar inmediatamente. Mirad, surge ya a través de los milagros y de las expulsiones de los demonios. Los pobres van a encontrar su dignidad porque son los primeros y las lágrimas van a cambiarse en alegría." ¿Es imaginación creer que Cristo esperaba la conversión de todo el pueblo ante esta buena nueva? ¿Quedó decepcionado por el escepticismo de los sabios y la indiferencia de la plebe? En todo caso, las imprecaciones contra las ciudades del lago (Lc 10, 13-15) resuenan como el lenguaje de un hombre terriblemente decepcionado.

Le vemos vuelto cada vez más hacia el grupo de sus discípulos. ¿Siguió la táctica clásica del líder que va de la masa a la élite? En todo caso, Jesús fue ciertamente muy lúcido sobre su decisión, una vez pasado el momento de entusiasmo popular demasiado superficial. Había lanzado al público un mensaje que no tenía nada de demagógico. Había intentado, con toda la fuerza de su pasión de tribuno, de arrastrar al pueblo hacia una fe muy pura y universalista. La plebe no le sigue más que de lejos, no soñando más que en la libertad política y en el triunfo inmediato. Habiendo perdido su apoyo popular, Jesús va a conocer, y El lo sabe, la suerte trivial de los agitadores: la eliminación física por la coalición de todos los poderes en juego: sacerdotes del Templo, escribas y prefecto romano. Esta iluminación resulta molesta, la razón de Estado más la razón de la religión tienen prioridad. Los evangelistas nos han dejado varias frases en que aparece la lucidez de Jesús ante este futuro trágico. No se adelanta a El, pero tampoco lo huye.

Es aquí donde me permito imaginar la reacción interior de Jesús a partir de algunos índices ofrecidos por los Evangelios. Cuando Jesús supo claramente que la muerte le esperaba seguramente en Jerusalén, su fe y su esperanza quedaron intangibles. Había siempre creído y dicho que Dios iba a venir a cambiarlo todo, y ello en la misma línea de la predicación de los antiguos profetas. Estaba íntimamente persuadido de que toda la acción de Dios en favor de la Humanidad culminaba en la acción con El. Todas las promesas de Dios a los hombres estaban en sus manos en El, en Jesús. Se sabía más que un profeta, El era el Hijo, el que había de infundir al mundo toda la fuerza del amor de Dios. En el sentido fuerte de la palabra, era el plenipotenciario de Dios. Dios le había confiado todo en sus manos. Lo que El hiciera, sería decisivo para el futuro de la Humanidad. Por este motivo había obrado, hablado, exhortado, caminado, sudado, llorado, gritado. Se había entregado totalmente a su tarea y había fracasado lamentablemente.

El debía hacerlo todo y no tenía que hacer otra cosa más que responder a un interrogatorio de la policía, someterse a una comedia de juicio y dejarse ejecutar. Exteriormente, no tenía nada más que hacer. Todos los que leen atentamente la Pasión notan el silencio desconcertante de Jesús. El, que hablaba como nadie, se calla. Ya no habla a los hombres porque toda su energía se va a concentrar en un diálogo interior dramático con Dios.

El se deja llevar, es un juguete. "Es entregado." Pero sigue creyendo que Dios vendrá. Puesto que Dios no ha venido al centro de la acción, de la lucha, Dios vendrá al vacío del fracaso, del silencio, de la desesperación y de la muerte. Jesús no piensa: "Voy a morir, pero mi ideal sobrevivirá." Piensa: "Se va a realizar la promesa de Dios de que el

Reino de Dios llega conmigo. No puede dejar de realizarse. Va a realizarse en mi muerte. Mi muerte va a ser la venida del Reino de Dios." "Veréis al Hijo del Hombre en la gloria de Dios..." Jesús acepta ser desposeído de todo, de la amistad, del éxito, del consuelo espiritual ("Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"). Es el silencio y el vacío completos pero su fe permanece intacta. Espera la acción de Dios. Y yo pienso que de esta manera es como Jesús nos ha salvado, es decir, ha roto los límites de nuestra vida cerrada. Por su fe, por su confianza incondicional en Dios. Existen evidentemente serias objeciones a esta "hipótesis"

1. "Entonces, ¿Jesús no sabía que iba a resucitar?"

Ciertamente, Jesús, cómo todo judío, creía en la Resurrección al mismo tiempo que creía en la venida del Reino de Dios. Las dos cosas iban juntas en la creencia judía. Pero los anuncios precisos de su resurrección personal en los Evangelios deben ser los retoques de los primeros cristianos y no las palabras auténticas de Jesús. Pienso que Jesús se entregó a la muerte absolutamente seguro de encontrar la mano de Dios sin saber de manera clara lo que le sucedería a El mismo. Creía firmemente que su muerte sería la victoria del amor de Dios. No sabía, pienso yo, cómo brillaría esta victoria del amor.

2. "Pero Jesús sabía que era Dios. Por tanto, lo sabía todo."

No pienso que Jesús tuviera una conciencia absolutamente clara de que era el Verbo de Dios encarnado.

Evidentemente, Jesús, para mí, es desde su concepción el Hijo de Dios encarnado. Decir lo contrario, es salir de los límites de la fe cristiana. Y no se ve claro cómo Jesús-hombre hubiera podido en un momento dado convertirse en hijo de Dios, incluso en su resurrección. Pero sigo pensando que había en Jesús el desfase que hay en cada hombre entre lo que es (la imagen de Dios) y la conciencia clara que tiene de eso mismo.

Pienso que Jesús tenía una plena conciencia de ser el Mesías, que todo el proyecto de Dios reposaba enteramente sobre El. Tenía, pues, plena conciencia de estar aparte de todo el resto de la Humanidad, pero enteramente responsable de toda la Humanidad. Tenía la experiencia única de una intimidad única entre Dios y El. Nada detenía el Amor que pasaba del Padre a El y de El al Padre. Pero Jesús-hombre quedaba en la condición humana, no se despegaba de la condición humana, que no es nunca claridad pura sino presentimiento, esperanza y progreso.

Yo pienso, por el contrario, que en su Resurrección, Jesús tuvo conciencia deslumbrante de lo que era desde su concepción, lo mismo que tendremos nosotros en nuestra resurrección conciencia clara de hijos adoptivos (1 Jn 3, 2).

Pienso que esta manera de imaginar la psicología de Jesús es en todo conforme al dogma de la Encarnación: el Verbo de Dios al tomar una humanidad no aminoró en nada esta humanidad. Jesús era, pues, un hombre parecido en todo a los otros hombres, excepto en el pecado, es decir, la falta de fe en Dios. Además, la expresión "una sola persona en Jesús" ha de entenderse correctamente. Ello no quiere decir en absoluto: una sola conciencia. La conciencia de Jesús (en el sentido psicológico de la palabra) no era una conciencia divina, sino una conciencia humana, genial, única, insospechada, pero humana. La expresión "una sola persona" es una expresión filosófica que considera el ser de Jesús y no su conciencia. Quiere decir que en fin de cuentas, la humanidad de Jesús era la humanidad del Verbo de Dios. El Verbo se había adueñado de este hombre pero respetando totalmente su condición de hombre.

PAUL GUERIN: YO CREO EN DIOS, Las palabras de la fe, hoy, Edic. MAROVA. MADRID 1978, págs. 33-44

LIBROS UTILIZADOS PARA ESTE CAPITULO

Vocabulario de teología bíblica. Artículos: "Jesús", "Hijo del Hombre", "Hijo de Dios", "Hombre".

Jacques GUILLET, Jésus devant sa vie et sa mort, Aubier, París, 1971.

Xavier LÉON-DUFOUR, Les Evangiles et l'histoire de Jésus, Le Seuil, Paris, 1963. Edición castellana: Estela. Barcelona, 1968. —Etudes d'Évangile, Le Seuil, Paris, 1965.

SEGUNDA PARTE: Presentación de Jesús de Nazaret (MEMORIA SUBVERSIVA Y MEMORIA SUBYUGANTE)

José I. González Faus, sj.

Sumario

Presentación

Introducción: cuatro testigos

1. Acercamiento a los hechos

1. Esbozo narrativo

2. La actividad de Jesús

Conclusión

2. El personaje: marginal, profeta, humano

1. "Abbá" y Reino

2. Una extraña libertad

3. Desde los márgenes

4. Una extraña dialéctica ante el ser humano

5. Su estilo

6. Inesperada conflictividad

Conclusión

3. Su destino

4. Conclusión

Apéndice: otros cuatro testimonios de hoy

1. Del mundo occidental

2. De Asia

Notas

PRESENTACIÓN

"Nació en una pequeña aldea, hijo de una mujer del campo.
Creció en otra aldea donde trabajó como carpintero hasta que tuvo 30 años.
Después, y durante tres años, fue predicador ambulante.
Nunca escribió un libro. Nunca tuvo un cargo público.
Nunca tuvo familia o casa. Nunca fue a la universidad.
Nunca viajó a más de trescientos kilómetros de su lugar de nacimiento.
Nunca hizo nada de lo que se asocia con grandeza.
No tenía más credenciales que él mismo.
Tenía sólo treinta y tres años cuando la opinión pública se volvió en su contra.
Sus amigos le abandonaron.
Fue entregado a sus enemigos, e hicieron mofa de él en un juicio.
Fue crucificado entre dos ladrones.
Mientras agonizaba preguntando a Dios por qué le había abandonado,
sus verdugos se jugaron sus vestiduras, la única posesión que tenía.
Cuando murió fue enterrado en una tumba prestada por un amigo.
Han pasado veinte siglos, y hoy es figura central de nuestro mundo,
factor decisivo del progreso de la humanidad.
Ninguno de los ejércitos que marcharon,
ninguna de las armadas que navegaron,
ninguno de los parlamentos que se reunieron,
ninguno de los reyes que reinaron,
ni todos ellos juntos, han cambiado tanto la vida del hombre en la tierra
como esta Vida solitaria".

Este poema anónimo, al que he añadido la frase en letra cursiva, describe perfectamente lo que constituye el asombro y la dialéctica del hombre Jesús de Nazaret, nacido y ejecutado en Palestina hace unos dos mil años. La misma dialéctica que expresa el título de este Cuaderno calificando su recuerdo como subversivo y subyugante. Ambos adjetivos son sólo una traducción moderna de otro juego de palabras, tomado de una frase bíblica que se aplicó varias veces a Jesús: la piedra desechada por los constructores, se ha convertido en piedra angular del edificio (1). Esa dialéctica recubre a su vez toda la vida de Jesús, la cual puede ser calificada como "un debate sobre Dios". Debate mantenido con los representantes "oficiales" de Dios, en el que Jesús termina siendo acusado y condenado como blasfemo, para más tarde ser confesado como "Palabra" e "Hijo Único" de Dios. Esa blasfemia consistió en anunciar, poner en práctica y hacer presente a un Dios que no era el dios de los poderes religioso o político, sino el Dios de los excluidos o marginados por esos poderes. De esta manera, aquel hombre anónimo, que no fue doctor, ni tuvo cargos ni escribió libros, acabó realizando la mayor revolución espiritual de la historia humana: dejó sentado que el camino hacia Dios no pasa por el Poder, ni por el Templo, ni por el sacerdocio, ni por la Ley, ni siquiera por la estética (a la que Jesús por otra parte era bien sensible), sino por los excluidos de la historia. Una revolución tal que quizá sea inasimilable para nosotros. Pero que "ahí está", para nosotros también. Este Cuaderno intenta presentar someramente a ese personaje tan conocido y tan desconocido. Tarea difícil: pues de ningún otro individuo humano se han ocupado tanto los hombres a lo largo de la historia. Y esa infinita literatura ha dado lugar, inevitablemente, a una auténtica "babel" de teorías y de explicaciones las cuales, muchas veces, no estuvieron exentas de aquello que profetizaba el viejo Simeón: este niño va a "poner al descubierto muchos corazones" (ver Lc 2,35). Es imposible, para este breve Cuaderno, adentrarse en esa babel. Por eso será mejor comenzar preguntando simplemente a varios de los primeros testigos, lo que fue Jesús para cada uno de ellos. Conviene que sean varios, por si nos sorprende la pluralidad de las respuestas. Pero quizá eso signifique que cada uno tiene algo que decir y que ninguna puede decirlo todo.

INTRODUCCIÓN: CUATRO TESTIGOS

1. Pablo: liberación de la libertad

Comienzo por Pablo porque, al igual que nosotros, no fue testigo inmediato de la vida de Jesús sino sólo de su Resurrección. Aquel fanático perseguidor de los cristianos, que acabó siendo uno de ellos y liderando a muchos de ellos, vivió obsesionado por comunicar su experiencia de Jesús que él resume así: la "verdad del evangelio" es "la libertad que tenemos en Jesús el Mesías" (ver Gal 1,5 y 1,4). Y esa libertad consiste en que "en Jesús el Mesías ya no hay judío o pagano, mujer o varón, libre o esclavo" (Gal 3,28). Mensaje de una radicalidad tal que ni veinte siglos de cristianismo han logrado darle realidad suficiente. Esa libertad proviene de que el hombre ya no tiene que ganarse a Dios (ni reconciliarse con su propio superego) a base de su honorabilidad moral. Pues "el Mesías nos rescató de la maldición de la moral" (Gal 3,13), sin arrojarnos por eso a la esclavitud del deseo. Ello se debe a que en todo el acontecimiento de Jesús se ha revelado el amor incondicional de Dios a cada ser humano y Su estar decididamente de parte del hombre. Ese amor incondicional devuelve al ser humano una dignidad y una tranquila fe en sí mismo, que Pablo expresa con la palabra tan jesuánica de "filiación": Cristo vino para hacernos hijos y su Espíritu clama en nosotros "Abbá" (Padre) (ver Gal 4, 5.6). Aludiendo a situaciones conocidas de su época, Pablo matiza que esa libertad filial: a) es la de hijo

de la verdadera esposa y no de la esclava concubina. b) Es la dignidad del hijo adulto, ya no menor de edad. Y c) es plural: y Pablo podrá definirla como la libertad gloriosa de los hermanos (ver Rom 8,21 y Gal 5,13).

De este modo, "El Mesías nos liberó para que vivamos en libertad" (5,1) sin que esa libertad tenga nada que ver con la autofijación en sí, la cual sería otra esclavitud (Pablo la llama "carne"). Así, las obras que antes exigía la moral –y otras que van aún más allá– brotarán para Pablo del interior del ser humano, como respuesta espontánea a esa buena noticia del saberse amado por Dios.

El hecho de que Dios permitiera la muerte en Cruz de Jesús antes que acabar con sus asesinos (2) y de que Jesús actuara igual (sin recurrir a Dios para escapar de sus verdugos) revela hasta qué punto Dios y Jesús están de parte de los hombres. Por eso Pablo dirá provocativamente que no quiere presumir de nada más que de la cruz de Cristo (Gal 6,14) y que a él no le interesa saber otra cosa que "a Jesucristo y éste Crucificado" (1 Cor, 2,2). Pero el temperamento pasional de Pablo sabe que al hablar así es parcial, pues en esta misma carta propone la enseñanza más importante sobre la Resurrección, de todo el N.T. (1 Cor 15). Y en la anterior reconoce también que cuando "las cabezas de los apóstoles" ratificaron su evangelio de libertad, le recomendaron que no por eso "se olvidara de los pobres" (Gal 2,10), cosa que él confiesa haber cumplido con esmero. Aquí tenemos la posibilidad de pasar a un testigo nuevo.

2. Santiago: los pobres señores del Reino (cf. 2,5)

Santiago, "el hermano del Señor" que no había creído en Él durante su vida, fue testigo de una aparición del Resucitado, y acabó creyendo en Jesús, y siendo líder de la comunidad cristiana de Jerusalén. Según parece, tuvo dificultades para integrar su fe en Jesús con su antigua religiosidad judía. Pero estas mismas dificultades, le sirvieron para subrayar, en su experiencia de Jesucristo, lo más válido y definitivo de la tradición del A.T.: la identidad entre Dios y la justicia. En efecto: tras su encuentro con Jesús, Santiago escribe que "la fe en el Señor Glorificado" no es compatible con un trato mejor a ricos que a pobres en el interior de la comunidad, porque eso sería "blasfemar del hermoso Nombre que invocamos", ya que los pobres son "elegidos de Dios y herederos del Reino" (ver 2,1-7). Si esto vale al interior de la comunidad cristiana, le permitirá recobrar, para la sociedad civil, las diatribas de los profetas contra los ricos. Esos que viven diciendo: "iremos a tal ciudad, negociaremos allí y ganaremos dinero" han de saber que "el salario no pagado a los obreros, clama al cielo... y llega a los oídos del Señor"; que ellos no hacen más que "matar al Justo que no se resiste", pero que algún día se encontrarán con la venida del Señor (ver 4,13-5,8). Estos son prácticamente los únicos pasajes con alusiones "al Señor Jesucristo" (1,1) en esta carta llena de normas de conducta. Pero ellos le permiten remontarse hasta la esencia cristiana de la religiosidad: "la verdadera religión ante Dios consiste en atender a los excluidos e indefensos y no dejarse contaminar por los criterios de este mundo" (1,27) (3)

Ya desde Lutero, la teología creyó encontrar contradicción entre el moralismo de esta carta y la libertad de la fe paulina. Esta contraposición se atenúa mucho si atendemos al ejemplo expreso con el que Santiago critica la fe sin obras (2, 15-16): ésta sería como ver a un hermano hambriento y pasando frío, y limitarse a decirle: "abrigate y come bien", sin ayudarlo en nada. Es decir: una libertad sin solidaridad es una burla de la libertad. Cosa que Pablo también acepta. Curiosamente, este lenguaje recuerda mucho al del evangelio de Lucas (que era griego y discípulo de Pablo!), en su dureza contra los ricos y su bienaventuranza para los pobres. Ello puede mostrar que, aunque cada testigo ha procesado a su modo la experiencia de Jesús, se dan entre ellos concomitancias y transferencias, por su referencia a la misma Fuente (véase también lo que diremos de san Mateo, en el capítulo 2, apartado 3.1).

3. Juan: el fin de la religión

Los escritos llamados joánicos no son de un único autor, sino de toda una comunidad, y han atravesado diversas fases en su redacción. En esta comunidad parece haberse dado la experiencia más intensa de Jesús. Ningún escrito del N.T. habla tan intensamente de Jesús. Pero, al hablar de Jesús, se habla de Dios y del amor a los hombres. El que no conoce al Hijo no conoce al Padre (1Jn 2,23; Jn 14,9). Pero al Hijo se le conoce "guardando su mandamiento" (vg. 15,10). Este mandamiento es el "amamos los unos a los otros". Aunque parece un mandamiento viejo (de hecho está presente en todas las religiones), para el seguidor de Jesús es un mandamiento "nuevo" (1Jn 2,7), porque Jesús lo ha convertido en experiencia de Dios. Por eso, si nos amamos "hemos pasado de la muerte a la vida y hemos conocido a Dios" (1Jn 3,14 y 4,7). Mientras que si alguien dice que ama a Dios (¡a quien no ve!) y no ama a su hermano (a quien ve y, a veces, experimenta como bien poco amable) es un embustero (1Jn 4,20). De ahí que la experiencia de Dios hecha a través de Jesús por esta comunidad, quedara resumida en la frase "Dios es amor" que no debe ser separada de la otra: "Dios es Luz" (1 Jn 4,7 y 1,5).

Advirtamos que no se puede reducir este evangelio a la frase de Jesús: "El Padre y yo somos uno", si no se le añade el mandamiento del amor. Porque la primera frase está dicha probablemente para marcar la diferencia entre Jesús y nosotros y la exclusividad de Cristo. Reducirla a una experiencia mística común, en la que luego se puede incorporar todo, tiene el peligro de incorporarlo todo menos las víctimas que no suelen caber en esas experiencias. La comunidad de Juan avisa expresamente contra esto: "si alguien que posee bienes de la tierra ve a su hermano en necesidad y le cierra el corazón, el amor de Dios no está en él" (3,17).

Y añadamos que es precisamente la experiencia del amor, la que deja abiertas la vida y la verdad cristianas a una gran creatividad; pues el amor (que es el Espíritu de Dios) ha de enseñar aún muchas cosas e ir conduciendo hacia la Plenitud inalcanzable de la Verdad. Curiosamente, la comunidad que más parece haber amado a Jesús (¡y al Jesús venido "en la carne!"), es la que queda menos atada a una mera mimética del Jesús histórico, por su seguridad en el don de Jesús que es El Espíritu.

4. Pedro: la no violencia de Dios

El autor de la primera carta de Pedro parece proyectar sobre los destinatarios su propia experiencia de Jesús, cuando les dice que "han gustado cuán bueno es el Señor" (2,3) y que por eso le aman y creen en Él sin haberle conocido (1,8). Pero quiere advertirles que esa bondad que aman convierte a Dios en débil y piedra de tropiezo en este mundo, como la piedra rechazada por los constructores (2, 6-7). Y quiere que este recuerdo capacite a sus lectores para soportar el "ser rechazados por el nombre de Cristo" o "sufrir por ser cristianos" (4, 14 y 16): porque así seguirán las huellas de Jesús que no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca, que al ser insultado no devolvía los insultos, ni respondía al maltrato con amenazas, y cuyas heridas nos han curado porque, –al morir por nuestros pecados– nos abrió el camino para morir nosotros a nuestros pecados y vivir para la justicia (2,22-24). No sabemos si es Pedro el autor de esta carta, que parece transida de alusiones a la figura isaiana del Siervo de Yahvé. Pero se comprende que se la haya puesto bajo su nombre, para evocar tanto la conflictividad cristiana como el recuerdo de aquél que, ante esa conflictividad, había respondido con la espada y había acabado negando al Señor, para verse regenerado por Su perdón. En cualquier caso, el autor de la carta busca que esta actitud no violenta marque no sólo las relaciones sociales del cristiano (2,10ss), o sus relaciones familiares (3,1ss) y eclesiales (5,1ss), sino también su respuesta a la persecución. Porque, al participar en el rechazo de la piedra angular, se participa también en su destino final. Ello le permite formular que "hombres libres no son los que toman la libertad como un pretexto para la maldad", sino los que "obrando el bien tratan de cerrar la boca a los insensatos" (2,15 y 16).

EN CONCLUSIÓN

El recuerdo de Jesús, en algunos de sus primeros testigos, se revela como una verdadera sacudida en la religiosidad humana, y un auténtico debate sobre Dios. Jesús parece haber hablado poco sobre Dios. Pero puso en práctica un Dios Fundamento de libertad, Vindicador de lo excluidos, Presente en el fraterno amor a los hombres y voluntariamente Débil ante el rechazo humano. En adelante, optar por Dios habrá de implicar optar por el hombre. Y optar por el hombre habrá de implicar optar por el pobre. Pero esta triple opción deberá llevarse a la práctica en un marco de no violencia y de respeto a la libertad de los demás. Vale la pena que intentemos acercarnos a ver quién y cómo fue el autor de esa silenciosa revolución religiosa.

1. ACERCAMIENTO A LOS HECHOS

Jesús debió nacer hacia el año 5 antes de nuestra era. Uno de sus biógrafos, el que asegura haber investigado más minuciosamente, no teme contradecir el género literario de las biografías de grandes personajes, afirmando que nació en una cueva que servía de establo o de pesebre. Vivió de niño en Nazaret y, como era normal, aprendió la profesión de su padre, que hoy situaríamos en "el gremio de la construcción".

1. ESBOZO NARRATIVO

1.1. Expectativas

Debió escuchar la predicación de Juan Bautista puesto que acudió a ser bautizado por él. En esta predicación (o quizá en algún hipotético contacto con los esenios) se fue gestando en él una peculiar experiencia de Dios que llevaba aneja una particular conciencia de misión. La llamo peculiar porque no cabe en ninguno de los cuatro grupos religioso-políticos (4) que dividían la sociedad en que vivió: ni en la aristocracia saducea, ni en los observantes fariseos, ni en los "monjes" esenios, ni en lo que entonces sería el germen de los revolucionarios "zelotes" que aún no existían como movimiento organizado pero sí como sensibilidad ambiental. A lo más cabría decir que Jesús anduvo más cercano a estos dos últimos, de los que también se separó: del tercero por su negativa a despreciar a las masas y a considerarse del grupo de los "santos y puros". Y del cuarto por su rechazo de la violencia terrorista como medio liberador.

Del imperio romano, parece que lo que más irritaba a Jesús era la colaboración de la aristocracia sacerdotal (saduceos) con él, aún más que la misma dominación romano (5)

Finalmente, otro rasgo de marginalidad en aquella sociedad nos lo da el hecho de que Jesús nunca se casó.

Hacia los 28 años, y como fruto de la experiencia dicha, comenzó a recorrer los poblados de Galilea, Judea, Samaría y la Decápolis, anunciando la inminencia de una intervención divina en la historia, a la que él llamaba "reinado de Dios". También parece cierto que en ese recorrido Jesús eludía (¿deliberadamente?) las grandes ciudades.

Esa actividad parece haber estado marcada por algún "gesto inaugural". En primer lugar el bautismo por Juan, como un pecador más, y con un tipo de experiencia "filial" que confirmó su conciencia de misión. Pero quizá también algún discurso como el que cuenta Lucas 4 al comienzo del ministerio de Jesús, en la sinagoga de Nazaret, cuando Jesús lee el capítulo 61 de Isaías (suprimiendo quizá la frase que habla de venganza), y comenta que aquello "se está cumpliendo hoy ante vosotros", provocando un primer conflicto serio.

Su praxis no era sólo verbal. Iba acompañada por una serie de gestos "llamativos": curaciones, contactos y acogida de gente "impura", y comidas con los excluidos sociales. En cualquier caso, su actividad desata inmediatamente un éxito clamoroso en las masas, y una reticencia creciente en los ambientes "eclesiásticos". Los evangelios merecen crédito cuando describen a Jesús envuelto por "masas", "turbas", "multitudes", y cuando cuentan que esas masas se maravillaban del "poder de libertad" (eksousía) de sus palabras, que no eran como las de los escribas y fariseos. El comienzo de Marcos recoge, a la vez, ese éxito clamoroso, y una serie de conductas "sospechosas": en sólo dos

capítulos Jesús toca a un leproso (= contrae impureza), llama a un publicano, quebranta dos veces el sábado y se atribuye el poder divino de perdonar pecados. Es casi normal que semejante arranque llevase a un veredicto negativo por parte de los "bienpensantes". (ver Mc3,6)

En esta situación tan contrastada, parece también históricamente cierto que Jesús rechazó la vía del poder, que algún evangelista describe como un intento de "proclamarlo rey".

1.2. Crisis

Hacia la mitad de su vida pública, se produce una crisis importante: sus discípulos reciben con frecuencia el reproche de no entender. El pueblo aparece también como desconcertado (y un evangelista pone en labios de Jesús este duro reproche: "me buscáis no porque habéis entendido mis signos sino porque comisteis hasta saciaros"). Los fariseos le exigen una prueba irrefutable que Jesús se niega a dar. La crisis le llevó a poner a sus discípulos en una situación de decisión. Parece cierto que fue gracias a una confesión impulsiva y generosa de Pedro, como los discípulos fueron resolviendo su desconcierto (6). Ellos y el pueblo seguirán tras él, pero mucho más atraídos por la fuerza de su irradiación, que por haberle comprendido plenamente. La segunda parte de su camino, parece haber estado marcada por un horizonte más nublado. Aunque la crisis no altera las "entrañas conmovidas" de Jesús que eran el motor de toda su actividad, sí que se nota una búsqueda de caminos nuevos: menos apariciones en público, más dedicación a sus discípulos, y algunos períodos de refugio en el extranjero (7). El testimonio de los evangelios parece también creíble cuando, en esta segunda mitad, cuentan muchas menos curaciones y actos "milagrosos" de Jesús.

1.3. Desenlace

La confrontación sigue hasta que Jesús se decide a afrontarla subiendo a Jerusalén, para llevarla hasta el centro mismo de su fe judía. La estancia en Jerusalén tiene un esquema semejante al de la vida anterior: éxito clamoroso a la llegada (con el consiguiente miedo de los dirigentes religiosos), días de controversia en el atrio del Templo, unas palabras estremecidas de Jesús sobre Jerusalén, en las que definió a la capital religiosa como aquella que "mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados por Dios" y, por último, la decisión de los sumos sacerdotes de acelerar la "solución final". Según la cronología de los evangelios, menos de una semana en Jerusalén, y entre uno o dos años de actividad en Palestina. Hasta ese punto resultó molesto.

El empeño biográfico permite decir poco más. Pero, en contra de lo que suele pensarse, eso no es sólo una desgracia. Es también expresión de una cierta anonimidad pretendida. Uno de los más antiguos himnos creyentes en Jesús, proclama que su "condición divina" no fue obstáculo para que se presentara "como uno de tantos y actuando como un hombre cualquiera" (Fil 2,7ss). Una presentación de Jesús fracasaría si el lector no llega a imaginarlo como uno más: entre los pecadores que se acercaban al bautismo de Juan; caminando por las callejas como un hombre cualquiera, sin ningún tipo de carroza o "jesusmóvil" que le distinguiera de las gentes; vestido como los galileos de su época; usando los baños y piscinas públicas con la posibilidad de acercarse a quienes allí están (ver Jn 5, 2ss) y sin necesidad de construirse sus propias instalaciones exclusivas; tratando precisamente con aquellos con quienes nosotros no solemos tratar, y no con aquellos otros con quienes suelen codearse los grandes y los jefes de este mundo. La precariedad de su biografía es expresión de esa anonimidad que es factor esencial de su teología.

2. LA ACTIVIDAD DE JESÚS

No obstante, sí que es posible extraer del marco anterior algunas de las formas concretas de su actividad. En ese bienio escaso Jesús:

- a) Comunicó y anunció (mejor que enseñar) lo que es el Reino de Dios que llega. A esto remite el asombro que su predicación despertaba (ver Mc 1,22), las bienaventuranzas, las parábolas etc. Ampliaremos este punto en el capítulo siguiente.
- b) Compartió mesa, intereses y sentimientos con los excluidos de aquella sociedad (cf. Mc 2, 15ss; Lc 15,1; Mt 11,25ss).
- c) Acogió y curó, entendiendo estas acciones como señales de la llegada del Reino (Lc 11,20).
- d) Llamó a algunas gentes sencillas para que le siguieran en el estilo de vida que emprendía (8) Parece seguro que los envió a anunciar el Reino, y que trató de construir con ellos una especie de "comunidad alternativa" que no se rigiera por los criterios de la sociedad civil de aquella época, que Jesús resumía así: "los que gobiernan tiranizan, y encima se hacen llamar bienhechores" (ver Lc 22, 25ss: "entre vosotros no sea así").
- e) Entró en conflicto con la teología oficial (en temas como el sábado, en qué consiste la pureza del hombre, con quiénes está Dios, cuál es el sentido y valor de la Ley...).
- f) Entró en conflicto con el Templo y el culto oficial, permitiéndose incluso una acción de cierta dureza, al echar por tierra todo el montaje de ventas que posibilitaba el culto, y declarar que aquel Templo estaba llamado a desaparecer y ser sustituido por otro "no hecho de manos humanas".
- g) Desató la necesidad de quitarlo de en medio violentamente y ejemplarmente. Necesidad que se justificó en nombre de Dios, pero que procedía de la sensación de amenaza que acompañaba a su anuncio del Dios del Reino.
- h) Cuando ya vio venir el final, apostó por la esperanza hasta tal punto, que decidió celebrar una cena con los suyos. (9) En ella hizo un gesto simbólico, que las comunidades cristianas aún repiten: compartió el pan (símbolo de la necesidad humana) y pasó una copa de vino (símbolo de la alegría comunicada), dando a entender que en ese gesto de la necesidad compartida y de la alegría comunicada, se resumía su vida y Él se haría presente ente los suyos.

CONCLUSIÓN

Cerraremos esta rápida panorámica señalando que de los títulos que la investigación moderna da a Jesús (y que no pretenden ser títulos creyentes, sino "flashes" del personaje), los dos más satisfactorios son los que le califican como "un judío marginal" y como "profeta escatológico" o "del fin de los tiempos" (que, repito, no es un título creyente puesto que no se pronuncia sobre la veracidad de ese profeta). Estas instantáneas me parecen preferibles a otros títulos (un sabio, un santo, un revolucionario, un itinerante similar a los cínicos griegos...).

Quizá, a estos dos títulos elegidos, habría que añadir el de (hijo de) El Hombre: porque parece muy probable que es así como Jesús se designó a sí mismo, y porque entraña una ambigüedad muy del gusto de Jesús: puede aludir a "un hombre cualquiera" (cf. Fil 2) pero alude también a la plenitud utópica del ser humano (por eso lo escribo con mayúsculas). Todo esto se verá con más claridad si ampliamos un poco esas instantáneas en el capítulo siguiente.

2. EL PERSONAJE: MARGINAL, PROFETA, HUMANO

Lo que constituye a un ser humano es su conciencia humana. Pero a esta conciencia no podemos tener acceso inmediato. Sólo nos acercamos a ella a través de sus palabras, de sus prácticas y de su estilo, sobre todo cuando son habituales.

Pero, dado que la noción antigua de historiografía no era exactamente la nuestra, el criterio para acceder al personaje no son textos aislados (aunque unos pocos tengan garantías muy serias) sino más bien la confluencia de textos que trazan un rasgo, aun cuando uno u otro de ellos pueda ser de historicidad discutible. Buscaremos el acceso a Jesús a través de los siguientes trazos.

1. "ABBÁ" Y REINO

Hay dos palabras de las que ningún crítico discute que fueron repetidas por Jesús con notable frecuencia: la invocación a Dios como Abbá (Padre), y la irrupción cercana del Reinado de ese Dios. Jesús invitaba a los suyos a llamar también a Dios Abbá. Pero lo que significa esa paternidad, sólo podemos entenderlo a través de lo que entendía Jesús como el Reinado de Dios. He aquí algunas vías de acceso a ese "Reino" que revela a Dios.

1.1. Testimonios ambientales

En primer lugar la descripción que hace el salmo 145. Allí se enumera una situación humana de libertad, justicia, superación de la enfermedad y de la carencia, bondad y acogida del débil. Cuando esto ocurre "Dios reina".

Hay además dos textos útiles en los evangelios apócrifos: "el Reino del Padre está extendido sobre la tierra y los hombres no lo ven" (Evangelio de Tomás 113). Y este otro: "Quien conozca a Dios se encontrará el Reino, porque conociéndole a Él os conoceréis a vosotros mismos y entenderéis que sois hijos del Padre. Y a la vez sabréis que sois ciudadanos del cielo. Vosotros sois la ciudad de Dios" (Pap Oxyr. 654) (10).

Dos textos muy ricos cuyas palabras subrayadas dan para meditar un momento.

Elijo estas citas no porque tengan más garantía de historicidad (dadas sus fuentes no es posible afirmarlo), sino porque resumen muy bien la enseñanza de los evangelios sobre el Reino. Podemos añadirles estas otras dos citas de Pablo: "el Reino de Dios no es comida ni bebida sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom 14,17), es decir: igualdad entre los hombres, reconciliación con uno mismo y referencia de todo eso a la Gratuidad. Y "el Reino de Dios no viene por las palabras sino por su propia fuerza" (1 Cor, 4,20), en la línea del evangelio de Tomás, antes citado.

1.2. La praxis de Jesús

En segundo lugar el mismo Jesús parece haber interpretado su tarea curativa como una "señal de que el Reino de Dios está llegando", y no como una demostración de poder sobrenatural que garantice su Divinidad. Esta última interpretación, aunque parece más tradicional, procede de nuestra Modernidad. Los fariseos no cuestionaban ni las curaciones de Jesús ni su carácter "extraño". Por eso buscan más bien atribuirles a artes mágicas o al demonio. Y ello dio ocasión a que Jesús explicara como las entendía él (ver Lc 11,20).

1.3. Sus parábolas

En tercer lugar destaquemos dos rasgos de las parábolas:

a) el Reino de Dios se parece a un tesoro escondido. Quien lo descubra tendrá tanta alegría que dará gustoso por él todo lo que tiene (Mt 13, 44ss): es como una semilla que, bien cuidada, va creciendo por sí sola, aunque el labrador duerma (Mc 4, 26ss). Y sin embargo

b) vuelve a aparecer aquí la conflictividad: en ese Reino no entran las gentes "morales" (fariseos y escribas), sino los excluidos por su inmoralidad ("publicanos y prostitutas"). Pues la moralidad del (des)orden establecido es una moralidad insolidaria que, al excluir, fuerza a muchas gentes a esas conductas inmorales.

Pongamos un único ejemplo de ello en la parábola de los que asisten al banquete (Lc 14, 15-22). Los banquetes públicos de los ricachones eran práctica conocida en tiempos de Jesús, y él recurre a ella para visibilizar el Reinado de Dios, pero cambiando los comensales. Nosotros entendemos que los que no quisieron asistir fingían excusas.

En realidad puede tratarse de justificaciones válidas. La posibilidad de un buen negocio es una excusa razonable para no asistir a un banquete, entonces y hoy. El haberse casado era tenido también como excusa razonable puesto que, en el mundo de Jesús, los banquetes no eran para mujeres sino sólo para varones. Y el que está en plena luna de miel se comprende que no pueda renunciar a ella...

En esta parábola (como en otras muchas (11)) Jesús denuncia que las conductas moralmente plausibles suelen acabar siendo conductas que justifican o enmascaran la insolidaridad con los débiles y excluidos. Mientras que los que no pueden exhibir esas conductas quedan más abiertos a escuchar la llamada de la solidaridad.

Comenzamos a encontrar aquí cómo el anuncio del Reino es a la vez, subyugante y subversivo. El anuncio de Jesús sobre el Reino de Dios podría retraducirse hoy así: "la Revolución de Dios está ahí. Creed esta buena noticia y cambiad de mentalidad" (cf. Mc 1,15). El mismo carácter subversivo y subyugante tiene el Dios que ese anuncio revela. La paternidad de Dios no es una broma: no sólo porque se trata de una paternidad de hombres adultos, sino porque es una paternidad de todos (12).

2. UNA EXTRAÑA LIBERTAD

La sociedad por la que anduvo Jesús era notablemente cerrada. En cientos de años no se había movido una tilde ni un ápice en materia de costumbres. Jesús tampoco parece haber tenido contacto con el judaísmo de la diáspora, más crítico y más ilustrado, por el influjo griego.

Sorprende por eso que desde los comienzos, y sin renunciar por ello a sus prácticas de judío observante, actúe con una desconcertante libertad, en temas tan serios como la guarda del sábado, los usos sociales de trato con la mujer, las normas de pureza, o el contacto con paganos y samaritanos. O que se manifieste en contra de lo que él consideraba permisividad de la ley mosaica en cuestiones como el repudio de la esposa, alegando que Moisés había transigido con la dureza de corazón del hombre, pero que ése no era el plan original de Dios sobre la pareja humana (13).

2.1. Libertad que da autoridad

Los evangelios califican esta libertad de Jesús con la palabra *eksousía*. Es una palabra que significa a la vez autoridad (o poder) y libertad. Y que aparece con ambos significados en el N.T. Por eso antes la he traducido como "el poder de su libertad". Es el único poder que pretendió tener Jesús. Por eso se comprende el comentario extrañado y repetido (pero no precisamente crítico) con que las gentes comentaban sus palabras: "¿de donde le viene a éste esa autoridad, si no ha estudiado con ningún maestro?... Un rasgo que también parece confirmar el cuarto evangelio: "nadie ha hablado jamás como este hombre" (7,48).

2.2. Libertad en favor del necesitado

De toda esta libertad no cabe aquí más que un ejemplo. Elegiremos el del sábado, por lo que significaba en el mundo judío, y por la abundancia de testimonios sobre él en los evangelios. Jesús quebrantó repetidas veces el sábado, sobre todo para curar, desoyendo el consejo prudente de esperar a otro día de la semana, y alegando que no podía estar prohibido hacer bien en sábado porque el día sagrado fue hecho para el hombre y no al revés.

Curiosamente, hoy podemos adivinar que, con esta práctica transgresora, devolvió al sábado su verdadero sentido teológico. En sus orígenes el sábado había sido una institución social, no cúlrica: perseguía el descanso del asalariado y del esclavo, y lo fundamentaba (como era frecuente en muchas prescripciones del mundo antiguo), declarando "sagrado" el día festivo: en él "había Dios descansado de su creación" (Gen 2,2). Se podía deducir de ahí que el descanso de Dios es precisamente el alivio del necesitado. Y por eso Jesús entiende que dar alivio al enfermo no es quebrantar el sábado sino cumplir su intención más profunda: eso es lo que significa que el sábado había sido hecho para el hombre. Y así lo entiende también el cuarto evangelio cuando le hace decir a Jesús, en contra de la literalidad de la Biblia que "Mi Padre sigue trabajando" (Jn 5,17)... mientras quede un enfermo por curar.

La objeción de que sería mejor esperar a otro día de la semana, visto que no se trataba de curaciones urgentes, no tuvo fuerza para Jesús, aunque ello significase echar piedras contra su propio tejado, puesto que desautorizaba sus curaciones precisamente por estar hechas transgrediendo la Ley ("este hombre no viene de Dios porque no guarda el sábado"). Al rechazar este modo de argüir, Jesús parece dejar claro que lo importante de sus curaciones no era el protagonismo del taumaturgo, sino el protagonismo del enfermo.

Finalmente, al atribuir la curación a la fe del enfermo, y no a sus propios poderes, Jesús saca el binomio enfermedad-curación del campo de lo sobrenatural o de lo mágico, y lo devuelve al campo de la creación, que está en manos del hombre. De ahí el comentario de los Padres de la Iglesia: Jesús curaba no para que viésemos cuánto poder tenía, sino para que sepamos que también nosotros podemos curar.

3. DESDE LOS MÁRGENES

Junto a la *eksousía*, la otra palabra que los evangelios más usan para calificar a Jesús es la de las "entrañas conmovidas". Frente a los enfermos, frente a los mil sufrimientos humanos, frente a algunas situaciones personales, frente a las multitudes, los evangelios repiten un conocido verbo griego que significa "se le conmovieron las entrañas" (14). De modo que con el "Abba", el Reino, la autoridad de su libertad, y las entrañas conmovidas, puede tejarse una rápida tabla impresionista, que echa raíces en lo que con más certeza puede garantizar la crítica histórica.

3.1. Marginación social...

Las entrañas conmovidas dan razón de que la vida de Jesús se moviera no en el centro y desde el centro, sino desde la marginalidad, desde todos esos núcleos y personas que el afán de afirmación individual va arrojando a las cunetas de la historia. Es muy de fiar el texto en que Jesús declara que no se siente enviado más que "a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mt 15,24). Y, probablemente, no debemos buscar en Él una pretensión de misión universal ya desde el principio. Sin que ello obste para que luego, la explícita exclusión que hacía la religión judía ante los de fuera, le llevara a poner mil gestos de acogida hacia los paganos, en los que la iglesia primitiva encontraría fundamento para ir ella al mundo entero. Sus entrañas conmovidas pusieron una bomba de largo alcance en el corazón del particularismo judío. Y quizá nos sirvan a nosotros, en momentos en que tanto hablamos de universalismo y de "globalización": los fatuos imperios de esta tierra deberían saber que la globalización no consiste en cerrar las propias puertas e imponer los propios productos o la propia cultura. No puede haber verdadera globalización, si no se empieza por "globalizar la propia casa", y por integrar a todas su ovejas perdidas, antes de pretender conquistar mundos y mercados.

Las "entrañas conmovidas" permiten a Mateo superar el problema de la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento, con una frase del profeta Oseas que marca la pervivencia del primero más allá de todas las rupturas: lo que Dios quiere es "misericordia y no culto" (Mt 9,13 y 12,7). Y, porque eso es lo que Dios quiere, en el juicio último del hombre ante Dios, valdrá lo que se ha hecho inmediatamente al hermano hambriento o enfermo, pero no lo que se ha querido hacer inmediatamente a Dios (15). De este modo, la frase antes citada de Santiago sobre la religión verdadera, la reformula Mateo con una frase de Jesús: "si al ir a presentar tu ofrenda al altar, recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja el altar y ve a reconciliarte con tu hermano" (5,22-24). Tendría poco sentido discutir si esa frase es palabra literal de Jesús o procede del evangelista, puesto que, en este segundo caso, sería aún más seria para nosotros porque ya no podríamos desautorizarla diciendo que se refiere al culto veterotestamentario. Y dado que cuando los evangelistas modifican palabras de Jesús, suelen más bien suavizarlas, habría que preguntarse qué intensidad debió tener la experiencia de Jesús que Mateo hizo cuajar en semejante frase, a la cual ni siquiera los cristianos hemos sabido dar vigencia en veinte siglos.

3.2. ... fundamentada religiosamente

Esa ley de gravedad hacia los márgenes podríamos simbolizarla en un gráfico que consta de dos flechas cruzadas (vertical y horizontal), cuyos extremos señalan cuatro dinámicas de exclusión y de marginación: arriba y abajo, a un lado y a otro: enfermos, pobres, mujeres y extranjeros. En una sociedad que se confiesa fundada por Dios y declara tener a Dios en su centro, esas líneas centrífugas aparecerán como brotando de Dios y sancionadas por Él. Y así ocurría en el mundo de Jesús.

— Pecadores eran los enfermos, y ello justificaba muchas veces su marginación social, cerrando un círculo vicioso que dificultaba su curación: "impuros" eran los leprosos y por eso había que apartarse de ellos; y ante el ciego de nacimiento los apóstoles preguntan a Jesús quién había pecado, si él o sus padres, para que estuviera así. Jesús, en cambio, curaba no para mostrar su divinidad, sino la fuerza del Reino en el ser humano ("tú fe te ha salvado"). La apologética tradicional fue bastante ciega en este punto.

— Pecadores eran también los pobres, "esa masa que no conoce la Ley y están bajo maldición" (Jn 7,49), porque no tenían tiempo más que para endeudarse, hasta que su misma deuda acababa llevándolos a entregarse como esclavos, o a huir a las montañas, hasta cuajar en el movimiento zelote (16). Si en las parábolas de Jesús aparecen banquetes y deudas, no es casualidad sino reflejo de la condición de su sociedad. Sólo que Jesús invierte los términos: en el banquete del Reino los protagonistas son los que nunca habían asistido a una de las comilonas saduceas. Y las deudas son perdonadas, salvo a aquellos que no perdonen a su vez a sus deudores.

— Pecadores eran los extranjeros y los paganos, de los que ya hablamos en el capítulo anterior. Pero aquel judío piadoso no tenía reparo en acudir a casa de un pagano que sufría (17). Y Él, que tanto valoraba la fe y tantas veces reprocha a los suyos su "poca fe", sólo en dos pasajes de los evangelios alaba públicamente la fe de alguien. Y las dos veces se trata de paganos (el centurión romano y la mujer sirofenicia).

— Y si no pecadoras, inferiores eran las mujeres, tanto en la sociedad griega como en la judía, incapacitadas en ésta para ser testigos y para aprender la Ley. Este punto merece mayor explicación, porque hoy es muy difícil que podamos percibir lo subversivo de la conducta de Jesús.

A parte de algunos trazos ya citados, resultaba extraño verle caminar al lado de ellas, en una sociedad en la que hasta la esposa debía caminar detrás de su marido cuando ambos salían a la calle. Quienquiera que sea, era un buen conocedor del mundo judío aquel que escribió que (hasta sus apóstoles) "quedaron sorprendidos de verle hablar con una mujer" en público (Jn 4,27). Así caminó el Galileo: enseñando la Ley de Dios también a mujeres y aclarando que también para ellas, esta era "la mejor parte" (Lc 10,24). O entablado con varias de ellas una relación de profunda amistad igualitaria, más llamativa en aquél que enseñaba que la entrega al Reino y la pasión por él, pueden llegar a "incapacitar" a algunos seres humanos para una relación conyugal normal, y que "el que pueda, que entienda eso" (ver Mt 19,12).

Junto a las mujeres, hoy convendría decir otra palabra sobre los otros seres "inferiores" de aquella sociedad: los niños. Las palabras de Jesús sobre "recibir el Reino como niños", o "hacerse como niños para entrar en el Reino", no deberíamos entenderlas desde los rostros infantiles, sonrientes y encantadores, que pueblan tantos espacios de nuestra vida social. Están mejor contextualizadas entre los meninos da rua brasileños, o los niños que trabajan. "Hacerse como ellos" significa situarse en los márgenes sociales para poder acceder al Reino. Añadiendo el otro rasgo típico de la infancia: el niño sabe (y lo saben aún mejor los ejemplos que hemos citado) que todo lo que tiene es recibido. Gratuidad y marginalidad no se oponían en la mente de Jesús. Ahí, en los márgenes, encontró a Dios aquel judío marginal y libre. Eso le hizo exultar de alegría y bendecir a Dios (ver Mt 11,25ss). Desde ellos lo proclamó, y desde ellos invitó a todos a preparar su Reino. Por eso muchos no pudieron entenderle. Y por eso (como veremos), murió "fuera de las puertas de la ciudad" (Heb 13,12).

4. UNA EXTRAÑA DIALÉCTICA ANTE EL SER HUMANO

Es dato conocido y lamentado, que los evangelios dan muy pocas pinceladas sobre lo que pasaba en el interior de Jesús. Por eso merecen atención estas duras palabras de un evangelista: "muchos creyeron el Él, pero Jesús no se fiaba de ellos... Ni tenía necesidad de que se le informara acerca de los hombres, pues Él conocía lo que hay en el hombre" (Jn 2, 23-25). Sorprende entonces que este hombre desconfiado sea precisamente el que más ha exigido y esperado de los seres humanos. Es probable que la expresión "os haré pescadores de hombres" que es el único programa que presenta a sus seguidores cuando los llama, no tenga un sentido numérico de proselitismo, sino el de sacar la mejor calidad humana de esa mar turbia de inhumanidad que solemos ser los humanos. Sacar "la mejor versión posible" de cada persona, en línea con lo que habían anunciado los Profetas: "cambiar el corazón de piedra en un corazón de carne", o sacar ese ser humano libre y con las entrañas conmovidas al que cabría calificar como "hombre del Reino", en correspondencia con el Reino de Dios anunciado por Jesús.

Jesús era consciente de que muchas conductas moral o religiosamente correctas no hacen más que enmascarar autocomplacencia, dureza y falta de solidaridad, afán de ser vistos. Creía que los hombres tienen una medida muy distinta cuando se trata de juzgar a los demás (donde no dejan escapar ni una paja) y de juzgarse a sí mismos (donde son incapaces de ver auténticas vigas), sabía que con frecuencia los más ciegos se erigen en guías de ciegos, contaba con que los seres humanos pueden matar "pensando que hacen un servicio a Dios" (Jn 16,3). Y debió usar bastantes veces palabras como "hipócritas o hipocresía" que, en todo el NT sólo aparecen (y con frecuencia) en labios de Jesús.

Pero de todo este balance, que podría firmar Maquiavelo, Jesús no extrajo la conclusión del florentino (sacar partido de la miseria humana en provecho propio), sino que pide a los suyos que no teman, "porque el Padre se ha complacido en vosotros". Creo que es posible afirmar sin ninguna clase de apologetica que, aunque conoció la traición y la decepción como todo el mundo, ningún ser humano ha sacado tanto de los hombres como Jesús. Realmente parece haber sido un auténtico "pescador de hombres". Pero no hay que entender estas frases en un sentido falsamente "sobrenatural", sino desde aquel encuadre del N.T. que describía a Jesús "presentándose como uno de tantos y actuando como un hombre cualquiera" (Fil 2,7).

A la vez, este hombre aparentemente duro resultaba escandalosamente comprensivo cuando se trataba, no de lo que él detestaba como hipocresía, sino de la simple debilidad humana (ver Jn 8,1ss). Salvo el calificativo de "zorro" dirigido al tiranuelo de turno, nunca aparece en sus labios un juicio negativo sobre individuos concretos. Jesús se ensaña con grupos o formas de ser humano que caben en dos apartados: a) aquellos ricos que "como amaban el dinero se reían de Él" (Lc 16,14), a los que Jesús pide ingenuamente poner todo lo que tienen al servicio de los pobres (ver Lc 12,33); y b) esos fariseos a los que Jesús acusa de tener el corazón no ya duro sino "necrosado" (Mc 3,5), ciego. En esta ceguera de corazón que siempre encuentra razones sólo para lo que le conviene, parece ver Jesús la raíz de aquella hipocresía que tantas veces denuncia. Pues ella frenaba la innegable "capacidad de encuentro" que parece haber tenido aquel hombre, y que hacía que su acogida a los demás resultara para muchos interlocutores fuente de paz consigo mismos, de autoestima, de salud anímica, de expulsión de los propios demonios, y señal del perdón de Dios. A esa capacidad de encuentro parece referirse Oscar Wilde cuando escribe que, para Jesús, no existían leyes sino sólo excepciones. Pero, otra vez en contraste con las denuncias de ese fondo posesivo e hipócrita del ser humano, aparece la invitación de Jesús a "tener unos ojos limpios" porque, si los ojos son limpios, todo el cuerpo parece volverse transparente e ilumina con su luz (ver Lc 11,34-36). Y así podría seguir nuestra dialéctica. Pero quedan aún capítulos pendientes.

5. SU ESTILO

El texto que abrió ese Cuaderno proclamaba que Jesús "no fue a la universidad ni escribió libro alguno". No obstante se percibe en los evangelios un claro contraste entre la belleza de muchas palabras puestas en labios de Jesús, y el estilo más bien rudo de los evangelistas.

Su lenguaje estaba hecho de observación de detalles, de colorido meridional y de dialéctica. Entran en él la levadura con que amasa una mujer, el tamaño mínimo de algunas semillas que luego crecen más de lo que parecía posible, o los dos centavos que da de limosna una anciana insignificante, y en los que Jesús se fija más que en los cheques que dan los señores de este mundo: porque en aquellos centavos iba todo el corazón de la anciana; y en los cheques no va más que un expediente para quedarse tranquilos o llamar la atención (ver Mc 12,41ss). Entra también ese modo gráfico de pintar la hipocresía como "colar el mosquito y tragarse el camello". Y esa doble mano de ser sencillos como las palomas y "largos" como las serpientes, o de "hacer un cosa pero sin olvidar la otra".

Sus frases más profundas no lo eran porque fuesen inaccesibles a la gente sencilla, sino porque tienen diversos niveles de lectura según la profundidad del oyente. Al revés de la sabiduría griega, Él prefería hablar más de las cosas que vemos que de las esencias que no vemos; pero el oyente se sentía llevado a éstas a través de aquéllas. Recurrió mucho al género narrativo, probablemente porque tanto a Dios como al sufrimiento (y aunque por razones diversas), no se puede acceder a través de nociones abstractas sino sólo a través de la narración.

Y sus palabras funden con frecuencia el radicalismo ético del lenguaje de los profetas de Israel, con el tono sapiencial del que sabe buscar lo que más le conviene: de modo que la opción por los pobres, la no violencia, el hambre de justicia, la misericordia, la limpieza de corazón, el trabajo por la paz y hasta la persecución, no eran para él duros imperativos del exterior, sino caminos inesperados de felicidad: "dichosos los tales". Este es uno de esos juegos bruscos de luz que hacía que muchas de sus palabras produjeran vértigo. Y ante ese vértigo, Él se limitaba a remitir a los hombres al poder de Dios.

Da la sensación de que, hacia el final de su vida, su lenguaje se endureció algo. Esto tiene que ver con el último punto que vamos a presentar.

6. INESPERADA CONFLICTIVIDAD

El hecho y la intensidad de esa conflictividad ya fueron citados en el capítulo anterior. Para decir una palabra sobre sus contenidos, añadiremos ahora que la figura y la palabra de aquel hombre supusieron una amenaza inesperada para todos los bienestantes de su sociedad, quizá también una decepción para todos los que, a los principios, se habían entusiasmado con Él. La reacción y la decisión de acabar con él fueron increíblemente rápidas. Quizá porque nada vuelve al ser humano más agresivo ni más innoble que el pánico. Y aquellos hombres intuyeron pronto que el Reino de Dios y el Dios del Reino anunciados por Jesús, suponían el fin de sus privilegios.

Por otro lado, había algo en aquel hombre "manso y humilde de corazón", que desataba su agresividad. Y era ver falsificado el Nombre de Dios, utilizándolo como razón para no hacer el bien, o sirviéndose del culto a Dios como fundamento de diferencias de trato entre los hombres (entre judío y gentil, entre mujer y varón, entre laicos y sacerdotes). Esta parece haber sido la razón del escándalo que provocó en pleno Templo cuando su primera visita a Jerusalén, y después de haber llorado sobre la ciudad como cualquier seguidor suyo debería llorar hoy sobre el Vaticano. La "expulsión de los mercaderes" del Templo no fue una mera denuncia de (¿inevitables?) abusos económicos, sino la desautorización de una forma de culto que consagraba esas diferencias entre las personas. En estos momentos Jesús, literalmente, saltaba. Y no es que, para Él, Dios no hiciera diferencias: pero la única parcialidad de Dios era la parcialidad radical hacia los márgenes y sus moradores.

Es un hecho que los evangelios están jalonados por dardos bien agudos, lanzados por Jesús a los "eclesiásticos" de su época, y que los evangelistas quisieron conservar después, para que no se repitieran en la Iglesia cristiana: "Quebrantáis la voluntad de Dios acogiendo a vuestras tradiciones... Devoran los recursos de las viudas con la excusa de rezar por ellas... Pagáis el diezmo de la menta y el comino, y 'pasáis' de aquello que Dios más desea: la justicia y la misericordia... Matan a los profetas enviados por Dios, y luego presumen de ser hijos suyos... Se visten de símbolos religiosos ("filacterias") como si Dios mirase lo exterior... La casa de mi Padre no es una cueva de ladrones..." (ver en Mt los caps. 15, 23, 6 y 21).

Así, "suelta la crin y la ternura suelta" (P. Casaldáliga), Jesús luchó contra las falsas imágenes humanas de Dios, deformadas por el miedo o por el interés. Por eso quizá tenga razón el japonés E. Susaku, cuando afirma que en Jesús era perceptible un dejo de tristeza. Pues en este mundo, el amor verdadero no puede menos de verse afectado por el peso de una cierta tristeza.

Los evangelios parecen testificar también que, hacia el final de su vida, disminuye el lenguaje del Reino, y Jesús echa mano de un género de su época llamado "apocalíptico", que describe o anuncia calamidades, no tanto como un vaticinio sino como una advertencia, y para proclamar que, a pesar de ellas, Dios sigue siendo Señor de la historia. Pero ese lenguaje apocalíptico parece prefigurado en una de las frases más serias (y más olvidadas) de los evangelios, que revela cómo Jesús (a pesar de esa confianza en el hombre que antes veíamos) era plenamente consciente de la conflictividad de su mensaje: el anuncio del Reino de Dios no cabe en los envases de este mundo; sería como meter vino nuevo en odres viejos, o poner un remiendo de paño nuevo en un tejido ya viejo y deshilachado (ver Mt 9,16ss). O se alterará el sabor, o se desgarrará el recipiente.

TERCERA PARTE: JESUCRISTO COMO REDENTOR.

EL ÚNICO MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES: J/MEDIADOR Una dificultad de la fe en Jesucristo concierne no ya a su existencia de Hombre-Dios, sino a la significación y al papel exactos de esa existencia para toda la humanidad y para cada uno de nosotros.

1. Cristo es el único en quien y por quien nosotros podemos, en el Espíritu, tener acceso a Dios y a los bienes de Dios. Pero tenemos el peligro de convertir este mediador en un intermediario, al verlo finalmente como otro distinto de Dios. Y, en consecuencia, podemos reducirlo a un mediador humano, que se interpone entre las dos partes para reconciliarlas, que separa y une al mismo tiempo, a través del cual hay que pasar para desembocar en Dios, y en quien frecuentemente uno se detiene en lugar de entregarse a ese movimiento vivo que es El mismo y que nos hace alcanzar a Dios. Una veces, en efecto, uno se contenta con ese mediador interpuesto, sin buscar más allá, profesando empíricamente una especie de cristocentrismo absoluto, que se abre al Dios Trinidad. Otras, uno se entusiasma con ese Salvador que es hermano, amigo, camarada, con el que se

llegaría gustosamente a la "mayor intimidad y tuteo", y entonces puede deslizarse a una religión humanizada y vacía de trascendencia auténtica. Y otras veces uno se indigna y se rebela ante este hombre que se interpone como necesario para una relación más íntima entre Dios y la conciencia. Con Dios sí, pero ¿por qué Cristo?, ¿por qué este ser entre Dios y yo?, ¿por qué esta persona, siempre atravesada, cuando intento alcanzar a Dios?, ¿por qué me fuerza a pasar por Él, cuando mi espíritu en su pureza está hecho para captar a Dios en verdad?

Por supuesto, esta posición sin fundamento está peligrosamente reforzada por la opinión de los no-cristianos sobre Cristo, ya se trate del Cristo no-conformista, revolucionario, e incluso comunista, cuyo mensaje impugna y recusa radicalmente a todas las Iglesias, y sobre todo a la Iglesia católica. O del héroe espiritual infinitamente respetable, uno más entre otros, al lado de Buda, de Mahoma, de tantos sabios o dioses. O bien del hombre que ha levantado, sobre un mundo que anhela vivir, la Cruz, las tinieblas, el dolor, la muerte, y que llama a los suyos a todas las resignaciones y esclavitudes.

2. Pero lo que hay que explicitar y rechazar es el punto de partida inconsciente, el fundamento escondido, de ese malestar o tentación. Cristo es otro que Dios, porque es ese hombre que es Dios; no es otro que Dios, porque es Dios mismo hecho hombre por nosotros. Por esta razón, de ninguna manera separa, sino que de todas maneras une; y se define por su misma función: unir en su ser y por su acción la humanidad con Dios. El es, en todos sus aspectos, el único camino hacia Dios. La vía necesaria. Aquel por quien, en el Espíritu, tenemos acceso al Padre; Aquel en cuyo rostro resplandece la gloria del Padre. Aquel que es el rostro de Dios para nosotros: "Quien me ve a Mí, ve a mi Padre.»

P/REDENCION: Dios escogió este camino para reparar el pecado. Porque si el hombre está al mismo tiempo unido a Dios y separado de Él por la creación, por el pecado está literalmente cortado de Dios. Porque el pecador alcanza a Dios en su pensamiento y en su amor (expresados y realizados), porque se opone al Reino de Dios en él y por él, porque pone un obstáculo a la expansión de los bienes divinos ligados a la acogida del Reino, por todo eso, no es ya un hombre que vive auténtica y plenamente, es un muerto ante Dios y su existencia está corroída por la «vanidad». Ha rechazado a Dios, y ese rechazo termina volviéndose contra él mismo, destrozándolo. Un salmo insertado al final del libro de Isaías lo expresa rudamente: "¡No!, la mano de Yahvé no es demasiado corta para salvar, ni su oído tan duro como para no oír. Pero vuestras iniquidades han abierto un abismo entre vosotros y vuestro Dios" (/Is/59/01-02). Literalmente, el pecador no sabe, no puede, no quiere ya ser esa criatura formada por Dios, que ve claro, que es alegre, llena de amor, que canta la gloria de su Señor.

Pero Dios hizo a Cristo, para transformar la condición pecadora desde su cima, y abrirle de nuevo su Reino y sus bienes. Cristo es ese mediador en el que Dios y el hombre son uno solo dentro de un respeto total a su alteridad, y esa nueva Alianza es indestructible. El es el Salvador, cuyo obrar consciente, libre, generoso, se explicita en funciones mediadoras -profética, sacerdotal, real-, y por lo cual el hombre es salvado. Indicaré solamente dos puntos.

3. Cristo nos abre el acceso a Dios, primeramente revelándonos el doble misterio de Dios y del hombre, pues lo primero que hay que hacer es «abrir los ojos a los ciegos». Cristo culmina, transfigurándola, toda la revelación hecha a los Padres y a los Profetas. Revela la misericordia infinita de un Dios que quiere salvar al hombre, y de ningún modo castigarle, y que para eso envía a su propio Hijo. Revela a su Padre revelándose a sí mismo: a través de su amor, de su obediencia, de su piedad filial, se dibujan, poco a poco, los rasgos inseparables del uno y del otro. Revela al Espíritu Santo al prometérselo, al enviarlo desde el Padre, al dárselo de una manera triunfal y al mismo tiempo extraordinariamente interior. De este modo revela al único Dios verdadero que es sociedad de personas en una unidad absoluta de comunicación y de vida; al Dios vivo, eterno, bendito; al Dios espíritu y amor. Aquí no hay sitio para un "Dios malo" y envidioso del hombre: porque Dios es todo él amor absoluto y generoso.

Porque Cristo es "la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (/Jn/01/09), porque transforma desde dentro el corazón humano y sus tinieblas, esta revelación es ya la curación del hombre en su centro espiritual, en su conciencia que juzga el bien y el mal, la gracia y la mentira. Esta "luz" alcanza no sólo la razón, sino también la inteligencia como poder para dar sentido a la existencia; no es solamente intelectual, sino cordial, porque Cristo es el Verbum spirans Amorem, y porque Jesús en la Cruz es manifestación esplendorosa del amor eterno. No es luz ciega, impasible, o muerta, sino luz de vida porque arranca al hombre de la miseria y de la muerte, porque da vida, abre el camino de salvación, alimenta el alma que peregrina, y confiere su significación verdadera a la existencia. Pero esta luz es cada vez un cuestionar profundamente al pecador y una llamada a la conversión. También, y de manera permanente, para todo cristiano, nunca completamente iluminado y siempre en vías de conversión. Pero cada vez que los hombres encuentran a Cristo, "el pueblo que yacía en las tinieblas ve una gran luz". Bajo el aspecto que sea, toda catequesis debe hacer brillar esa gran luz, que -en palabras de San Pablo- resplandece a través del mismo Evangelio, como un rayo de gloria surgiendo de Cristo (2 Cor 4, 4-6).

4. Finalmente, Cristo abre el acceso a Dios por su sacrificio, su Muerte y su Resurrección. Con el misterio pascual estamos en el centro de la existencia cristiana y también, por consiguiente, de la catequesis. No repetiré datos que todos conocemos, simplemente quisiera hacer algunas observaciones sobre el sentido mismo del misterio.

Cristo se ofrece a la muerte para salvarnos, porque, por un lado, la muerte es el acto capital de la persona, donde toda la libertad se acumula para dar un sentido definitivo a la existencia temporal; y, por otro, porque tiene objetivamente el sentido tremendo de ser el salario del pecado y la última, la invencible enemiga. Pero Cristo penetró, libremente, en la muerte para trastocar su significado y destrozarse su aguijón. "Murió según las Escrituras", cumpliendo el plan de Dios, tal como Isaías y los Salmos lo habían profetizado, tal como Él mismo, sobre esta base, lo había asumido y anunciado. Esa muerte se realizó a través de una doble libertad: la libertad criminal de los hombres (ambición de los jefes, nacionalismo carnal del pueblo, capitulación del poder político, brutalidad de los soldados -símbolos del pecado humano-; la libertad maravillosa del Señor que se ofrece a su Padre por nosotros, en un amor, una obediencia y una decisión igualmente admirables. De esta manera, desciende hasta el fondo de la miseria humana, "la lleva sobre sus hombros y la hace saltar"; y la libertad del segundo Adán recobra y devuelve la libertad salida del primer Adán, aunque "la condición humana ha cambiado", ya que, en Cristo, la humanidad se entrega de nuevo a Dios, expía su pecado y recupera el camino del Paraíso: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc 23, 43). En adelante, la propia muerte no es ya una condenación, sino una redención; ya no es una derrota, sino una victoria; ya no es un aniquilamiento, sino un misterioso y maravilloso nacimiento.

Porque la Cruz no termina nada; abre un camino. Es el paso al Padre y, en consecuencia, a la Resurrección, por tres razones al menos: Porque cumple el designio eterno, manifestado por las profecías del Antiguo y Nuevo Testamento, y realizado en el movimiento existencial -normativo- que va de la humillación a la exaltación. Porque es un acto de amor del Hijo que se entrega a

su Padre y merece así su propia resurrección. Porque es un acto de libertad soberana (Jn 10, 17-18), con el que Cristo entrega su vida sólo para volverla a tomar, y realiza así el acto mismo de la victoria sobre la muerte, el pecado y el demonio. La significación última de la muerte de Cristo nace, por consiguiente, de su fin inmediato, de su término previsto: la intencionalidad profunda y eficaz de esa muerte es la Resurrección y la vida. De ahí que -lo diremos una vez más-, lo que, por el mediador en acto de Redención, se transforma, es la significación humana y espiritual de la muerte. Expiación y triunfo, cara terrible y radiante de la muerte de Cristo, se han hecho inseparables para siempre.

En fin, la Redención se culmina en la Resurrección, que no debemos separar ni de la Ascensión, ni de la efusión del Espíritu. La Resurrección es la culminación definitiva de la historia de Cristo en sí misma. Le ha hecho vivo para siempre: «Fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno» (Ap 1, 18). Lo constituye en plenitud Hijo, Cristo, Señor, Salvador, capaz de manifestar y de cumplir su soberanía redentora sobre la humanidad entera. En efecto, la Resurrección es el acto definitivo de salvación, porque causa la irrupción irresistible del Espíritu Santo entre los hombres: en lo sucesivo, desde el seno de la gloria y a la derecha del Padre -dicho de otra manera: en la actualidad eterna de una mediación todopoderosa-, Cristo salva a los hombres, forma la Iglesia, establece su Reino suscitando la fe en los corazones convertidos.

Y en el poder de la Resurrección nos alcanza la eficacia de la muerte, aunque los dos no formen más que un único misterio de salvación, con una sola eficacia creadora de vida (Rom 4, 4). Finalmente, si la Resurrección es el gran juicio de Dios sobre el mundo y, por consiguiente, el gran signo de la verdad de los testigos, del mensaje y de la fe cristiana (I Cor 15, 12-22), es al mismo tiempo el principio, la prenda y las primicias de la humanidad resucitada y del mundo regenerado.

De esta forma, en el Poder y en la Luz de la Resurrección es donde la fe cristiana en su totalidad se capta, se comprende, se vive y se transmite. Donde el pecado, la muerte, el diablo se convierten en vencidos. Donde surge, a través de la fe y del bautismo, la vida resucitada en Jesucristo. Donde todo el misterio de la vida cristiana se abre en la riqueza que recibe y en su exigencia de acción, en esa tensión indestructible entre lo indicativo (lo dado) y lo imperativo (lo exigido) (Rom 6, 6 ss.): sois libres del pecado, ¡no os convirtáis más en esclavos!; habéis muerto al pecado, ¡no viváis más según sus apetencias!; estáis bajo la dirección de la gracia, ¡no permitáis que el pecado reine sobre vosotros! Cristo vino a liberar y a regenerar libertades, en la libertad de la fe es donde se llega a ser y donde se permanece cristiano.

Cristo es, pues, ese punto sencillo, ese centro esplendoroso, en el que se unen todo el misterio de Dios -revelado y comunicado- y todo el misterio del hombre -revelado, liberado y transfigurado. Brevemente, El es el mediador en quien se cumple y se consume, con una pureza infinita, la mediación misma: En Cristo, la mediación no desbanca al mediador, se identifica con él; y el mediador no ejerce una actividad ajena a su ser: es la mediación misma. "En verdad, Jesús Dios-Hombre es en su misma persona una mediación; de ahí que, adherirse a El es, por el mismo hecho, alcanzar a Dios». Efectivamente, El es las dos partes en una unidad y una distinción igualmente perfectas -Dios y el hombre-, siempre inconfundibles, que no hacen más que un solo Ser. Así, pues, es necesario arraigar profundamente la acción de Cristo en su ser: no solamente por su obrar; es por su existencia misma por lo que Cristo reconcilia a los hombres en El, los congrega en El, y comienza a formar con ellos el Hombre perfecto, que realiza la gloria de Dios viviendo en la felicidad de Dios.

OMNIA IN IPSO CONSTANT J/PLENITUD-CREACION

El fundamento del ateísmo contemporáneo -se ha dicho frecuentemente- es la creación misma. Es preciso que Dios no exista, para que el hombre sea, y el hombre es; la relación hombre-mundo es la relación en que se nos da y se agota toda la realidad. Hacer que la humanidad se entregue a transformar el mundo es la única tarea y la única esperanza. ¿Qué pinta Cristo ahí en medio? ¿Ese hombre perdido en un punto ínfimo del espacio y del tiempo?, ¿en la superficie de un planeta perdido a su vez en un universo de dimensiones aterradoras? El tiempo de Cristo se acabó: miremos hacia el porvenir; y a construirlo. Una catequesis debe responder a esta mentalidad que empapa, desde su infancia, al frágil ser humano; y debe enraizar sin miedo a Cristo en el universo, precisamente porque le es absolutamente trascendente.

1. Y en primer lugar: Cristo no es un punto perdido en el inmenso universo. Si es verdad que el hombre está ligado necesariamente al universo, más con su espíritu que con su cuerpo, Cristo es el hombre en quien y por quien se sostiene y encamina el universo entero (/Hb/01/03). El es el aglutinante radical del mundo, Aquel fuera del cual nada existe, y que da existencia y significación al mundo, porque es su creador permanente y su salvador universal. El es "el Principio y el Fin", porque toda la humanidad parte de El como de su Creador y Redentor de origen, y camina hacia El como hacia su plenitud consumada. Más aún, El es el centro mismo de la humanidad, el punto donde la totalidad concreta de los sujetos personales se encuentra centrada, ubicada en su ser, llamada a la verdadera vida y lanzada a la magnífica y temible aventura de la libertad. Y cada hombre, finalmente, encuentra su consistencia, su vocación, su valor dentro de una relación con Cristo, que es absolutamente constituyente y a la vez libremente aceptada o rechazada.

Así Cristo no puede ser mirado, de ningún modo, como algo superado, caduco, perdido en el espacio y el tiempo aterradoros del universo. Por el contrario, es Aquel que crea el universo y el espacio y el tiempo. Que abre, en su conciencia de hombre, el tiempo universal de la salvación, de Adán (su reverso de la medalla) al último de los justos. Que realizará todas las cosas cuando el duro peregrinar de los hombres haya cesado, cuando se abra la eterna juventud de los cielos nuevos y de la tierra nueva. La conciencia humana de Cristo es ciertamente un punto pero como es la conciencia del Hijo de Dios hecho hombre, de ese punto sagrado, el universo entero -por formidable que sea- extrae su existencia, su significación y su salvación. Esta universalidad debe manifestarse; y su manifestación es precisamente la unidad católica de la Iglesia -"ese signo levantado en medio de las naciones". Pero se comprende también qué terrible es, desde ese punto de vista, la división de las iglesias cristianas, y cuán urgente trabajar con todas las fuerzas para que cese este escándalo en el camino de la fe, y para devolver al "signo" su posibilidad eficaz de irradiación.

2. Si esto es así, Cristo no es un salvador exterior a la humanidad. Es más interior que ella misma. Precisamente su trascendencia absoluta le permite esa interiorización universal. Nosotros estamos obsesionados por la cantidad y nos apoyamos en una imaginación limitada. Pero aquí se trata sólo del amor creador y redentor; y por el poder de este amor Cristo abraza a todos y a cada uno de los hombres. Así lo decía admirablemente San Juan CRISOSTOMO cuando comentaba la frase de San Pablo: "Me amó y se entregó por mí» (/Ga/02/20). Dice eso para mostrar "que cada uno de nosotros debe a Cristo una gracia tan grande

como si únicamente hubiera venido para él. Porque no habría dudado en realizar una tal «economía», aun para un solo hombre. Es que Cristo ama a cada uno con una medida de amor tan grande como todo el universo".

Porque todo movimiento hacia Dios se realiza en Cristo, porque Cristo es la vida de nuestras vidas y la vida que hace vivir a los sarmientos, por eso, todo el obrar de los cristianos está animado, penetrado, valorizado por Cristo. Y no sólo las cosas grandes, las grandes victorias, los grandes dolores; sino también, y más aún, el trabajo más humilde, el esfuerzo más monótono, "lo de todos los días". Todo eso adquiere una profundidad y una extensión infinitas en Cristo. Cristo le da plenitud y, por consiguiente, le transfigura. Pero también todo esto consume la plenitud de Cristo, edifica su Cuerpo y hace avanzar su Reino. Todo lo que un cristiano realiza como cristiano, lo realiza "en Cristo", porque es Cristo quien le confiere su capacidad más radical para pensar, amar, obrar y le da el querer y el realizar.

Cristo tiene su casa, incluso, más allá del cuerpo visible de la Iglesia. Las innumerables multitudes están constituidas por hombres que conoce, y llama a cada uno por su nombre, como si cada uno fuera el único a sus ojos. Se incrusta en la trama incesante de sus días, en las decisiones más secretas de su conciencia (Rm/02/14-16), en el movimiento más profundo de su vida. Se identifica misteriosamente con ellos, le invita a hacerse prójimo del otro, los juzgará por la caridad que hayan tenido con él, a través de los otros; incluso sin haberlo reconocido. En consecuencia, está presente, invisible pero eficazmente, en la raíz del movimiento oculto e irresistible que, a través de una apariencia incomprensible o alarmante, arrastra realmente la historia de los hombres hacia su culminación divina. Si la humanidad está en génesis permanente, Cristo Salvador es la fuente, el sentido y el fin del movimiento, que la muerte detiene -empíricamente- solamente para culminar -espiritualmente- en la vida eterna.

3. COSMOS: En fin, muy lejos de ser indiferente al universo, Cristo es su culminación. "El universo": designa a un tiempo el mundo material (cosmos) y la humanidad. Pero el cosmos no es solamente un marco, más o menos neutro, donde se juega el destino de la humanidad: por intención divina, está ligado al hombre desde dentro; y, finalmente, es una dimensión concreta de la existencia humana, porque es el cuerpo de nuestro cuerpo, porque está implicado en la Alianza hecha con el hombre -con Abraham, con Noé, con Adán antes de la caída-, porque participa del destino de la criatura humana. Hombre fiel y universo fraternal, hombre pecador y universo hostil, hombre glorificado y universo transfigurado: todo esto está en el pensamiento bíblico y testimonia la conexión necesaria entre el estado del hombre y el del cosmos.

H/DIVIDIDO: Pero el hombre es hoy un ser dividido: rescatado ya y todavía pecador, a un tiempo, libre y todavía sometido a las asechanzas del mal, salvado y capaz aún de perdición. Como consecuencia, el universo participa de su condición (/Rm/08/19-23). Siempre es la maravillosa criatura de Dios, y, sin embargo, para el hombre es ambiguo, tentador y peligroso y se le resiste. Se ocultan en él fuerzas de bendición y de maldición: está aún en esclavitud y, por consiguiente, gimiendo, esperando, deseando dolorosamente la libertad total. Brevemente, está "en dolores de parto" porque espera «la plena manifestación de los hijos de Dios», el advenimiento de su «libertad gloriosa» que traerá para él la transfiguración definitiva.

Jesucristo realiza ambas cosas. "Transformará nuestro cuerpo de miseria, conformándolo a su cuerpo glorioso" (Flp/03/21), y al mismo tiempo, en un parto formidable, transformará nuestro universo en «un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap/21/01). No podemos imaginar esta transformación radical -ruptura y culminación todo junto- de la humanidad y del cosmos humanizado por ella.

Pero sabemos que Cristo encierra y conduce por entero la creación, desde el primero al último día. Sabemos que "apareció" una primera vez para salvar al hombre, comenzar la Redención del universo y transfigurarlo en símbolo, de manera permanente, por la consagración eucarística. Sabemos que "aparecerá una segunda vez" (Heb 9, 28) para salvar a los que lo esperan, hacerles plenamente hijos de Dios y hacer partícipe al universo, enriquecido por el trabajo milenar de las generaciones, de su "libertad de la gloria" (Rom 8, 21), que es finalmente su propia gloria y su propia libertad.

Por eso, a lo largo de su peregrinación:

"La Iglesia no se defiende tan sólo por sus doctores, por sus santos, por sus mártires, por el glorioso Ignacio, por la espada de sus hijos fieles. ¡Ella llama al universo! Atacada por bandidos en un rincón, ¡la Iglesia católica se defiende con el universo!" (1)

Es uno de los más bellos homenajes que la Iglesia puede tributar a Aquel «en quien todas las cosas encuentran su principio de existencia», una de las formas más auténticas de su fe: "la fe en un centro supremo de personalización, de concentración y de cohesión donde sólo puede concebirse la salvación del universo" (2).

Una fe alimentada por estas verdades capitales no debe temer nada del universo, ni de su crecimiento formidable a nuestros ojos, ni de las fuerzas terribles que se alzan para atacarla, pues ella misma es «la victoria que vence al mundo» (1 Jn 5, 4). Todavía más, una catequesis auténtica de Cristo la hará crecer, permanecer y triunfar.

Pero eso no es para el cristiano, porque el cristianismo no es una religión para gente apoltronada y tranquila. Cristo viene para arrancar al hombre de la perdición, para llamarlo a la salvación, no para condenarlo, sino para salvarlo. Sólo que por ese mismo hecho compromete la libertad humana. La impide cerrarse y dormirse. La abre, mal que le pese, cuando es necesario, a cosas más grandes que ella misma. Y la obliga a escoger. Por esa razón el encuentro con Cristo es siempre algo muy serio. Invita a la alegría y a la felicidad, pero a través de la Cruz. Inquieta nuestras posibilidades de negativa al mismo tiempo que suscita nuestro poder de acogida y de adhesión. En una palabra, nos juzga cuando rechazamos, y también debemos presentarlo así. Todo el Evangelio nos testimonia de este drama: Jesús fue enviado no para condenar, sino para salvar, y, sin embargo, es "signo de contradicción", y aquí abajo, la libertad pecadora lo transforma en Juez, obligándolo -¡y con qué dolor! (Mt/23/37-39) a anunciar y a convertirse El mismo en juicio (Jn/03/17-21).

Grave dimensión de la catequesis, que no debe ser disimulada, sino todo lo contrario, puesta en plena evidencia: ante Cristo el cristiano, sencillamente, se juega su vida. El hombre de hoy no acepta que lo consideren como menor de edad; quiere que lo reconozcan como adulto y que pueda tomar sus responsabilidades. Hay que hacerle ver que su responsabilidad más grave, la que califica a todas las demás, es la de la fe en Jesucristo o el rechazar esa fe: "El que cree en Mí no es juzgado; el que rehúsa creer ya está juzgado" (Jn/03/18, y cf. Mc/16/16). Las distinciones, las precisiones, los matices que exigen la interpretación de estas palabras no deben atenuar su firmeza soberana. Porque sólo la gravedad de la llamada y del encuentro, puede asegurar el carácter inaudito, trastornador, dichoso, del Amor del Padre, de la Buena Nueva del Reino y de la Salvación en Jesucristo.

.....

1) P. CLAUDEL, *Soulier de satin*, 2ª journ. sc. 5. 2) TEILHARD DE CHARDIN, H. De LUBAC, *La Pensée religieuse de Teilhard de Chardin*, pág. 57. JEAN MOUROUX